CASTILLO Navasal, María José. Evolución del sistema constructivo de los templos religiosos en la zona central de Chile. Siglos XVI al XIX. Santiago, Chile: Centro de Estudios Bicentenario, 2018

**Prof. Me. Christian
Matzner Thomsen**

Arquitecto, Magister en
Restauración Patrimonial.

Email: mesag3@gmail.com

La presente obra de María José Castillo Navasal viene a enriquecer y a sumarse a las últimas investigaciones referidas a los sistemas constructivos en diversas materias, tales como las asociadas a las casas de madera producto de la colonización alemana en el sur de Chile, las iglesias Altiplánicas en el norte como las correspondientes a la escuela en madera de carpinteros de ribera en Chiloé. Para ello su trabajo se desarrolla en tres partes, iniciando un análisis de cómo se clasifica una parroquia y como es su gobierno, de manera que así entendemos cómo se vinculan sus feligreses, su implementación y organización. Luego penetra en los sistemas constructivos de la piedra, el ladrillo, el adobe y la madera. Finalmente toma ejemplos de iglesias del Chile central con cada una de estas materialidades.

Si nos vamos al origen de la arquitectura, al hablar de sistemas constructivos, y vemos la evolución del hombre primitivo, el cual sale de la caverna o del árbol, para lograr un hábitat más elaborado, destacamos 3 importantes descubrimientos, el dintel, el arco y la palanca. Estos tres elementos serán la base estructural para todo lo que viene después en la arquitectura, independiente de los estilos o materialidades. Y si específicamente analizamos en contexto cronológico y territorial en que se enmarca esta investigación, conviene enfatizar lo que su autora menciona detalladamente, sobre la naturaleza sísmica de nuestro país. El 13 de mayo 1647 sucede el llamado terremoto de “el Señor de Mayo”,

que redujo a escombros a casi todo Santiago. La Historia de Chile de Encina-Castedo lo describe así: “El calamitoso derrumbe fue iniciado por las torres de las iglesias, a las que siguieron los mismos templos y las propias casas. Unas quedaron completamente en el suelo, otras sin tejado y las pocas que permanecieron en pie amenazaban derrumbarse de un momento a otro”.

En la investigación se menciona entre las materialidades el rol que juega en nuestra arquitectura el uso del adobe o tierra cruda. Sabemos que esto no es casual, un tercio del planeta tierra está construido en este material. Pero los desafíos de mantener y conservar correctamente esa materialidad, ha sido, es y será, un reto que muchas veces se contraviene con aspectos de seguridad, y en la actualidad, con la normativa y los instrumentos de planificación territorial.

Es por eso que, si se intenta analizar la marcha de los sistemas constructivos en nuestro país, de entre todas las adversidades naturales que tenemos y que afectan a nuestras construcciones, son los terremotos los que han marcado el devenir de esta evolución, donde el adobe ha tenido un rol que ha sido objeto de crítica, que lo ha sometido constantemente a prueba, a pesar de sus excelentes virtudes y bondades ambientales.

Pero antes de sumergirnos en las etapas o momentos en cuanto a lo que arquitectura religiosa respecta para el período estudiado, conviene analizar cómo estaba el territorio anteriormente a la llegada de Pedro de Valdivia (que lideró la Conquista de Chile a partir de 1540).

Una cultura importante que ya existía desde el sur de Colombia hasta la zona central de nuestro país es el Qhapaq Ñan, o Camino Principal Andino, verdadera columna vertebral del poder político y económico del Imperio Inca. Fue una red de caminos de más de 23.000 km de largo que conectaba varios centros de producción, administrativos y ceremoniales construidos en más de 2.000

años de cultura andina pre-inca. Seis países que la conformamos nos pusimos de acuerdo y se produjo su reconocimiento a nivel internacional, con la inscripción en la Lista del Patrimonio Mundial de la Unesco el año 2014. Nuestro país reconoció y protegió una longitud total de 112,94 kilómetros de camino, inscribiendo 176,50 hectáreas como zona núcleo, integrando 138 sitios arqueológicos en 9 comunidades asociadas.

El Qhapaq Ñan, es un sistema consolidado bajo la época incaica en los siglos XV y XVI. El Sol o Inti era la principal divinidad del panteón religioso incaico, quien le otorgaba la legitimidad y poder al principal gobernante del imperio. Pero el panteón incaico estaba conformado además por otras divinidades como: Viracocha (el dios creador), Illapa (el dios de los truenos) y Pachamama (la madre tierra). Asimismo, las montañas y cerros tuvieron un papel importante en el plano religioso incaico.

Este valioso acervo cultural, preincaico e inca, tuvo sin duda también una manera de plasmar la religión en la arquitectura antes de la llegada del europeo, que también generó sus propios sistemas constructivos. Es reconocido como ello influyó y formó parte de la generación de una nueva arquitectura y de una forma de abordar y de apropiarse del territorio, que mixturó distintas culturas, generando una propia e identitaria.

El período analizado por la autora en la investigación en esos cuatro siglos, lo podríamos examinar en tres grandes etapas, primeramente, cuando se produce el encuentro cultural del aborigen con el europeo (1540-1600), luego un segundo período de arquitectura mestiza (1600-1750) y el tercero de arquitectura neoclásica (1750-1900).

Sobre la primera etapa, parece prudente referirse y ser conscientes que, pasados doce milenios de instalación humana en nuestro territorio, es cuando llegan los españoles a Chile en pleno Renacimiento europeo. El colonizador avanza en el territorio y

devora el espacio, funda ciudades, busca la gloria de las riquezas americanas, e intenta evolucionar de una Europa caduca hacia una nueva vida en fe. La instalación del español en Chile vino aparejada de contradicciones, maltrato al aborígen, exceso de competencia por la riqueza y el poder. La consumación de una arquitectura, de base renacentista, se expresa con la implementación del modelo de la “cruz latina”, como lo es el caso de la iglesia y convento de San Francisco de la Alameda en Santiago, tal como lo desarrolla la autora en su investigación. En este período de choque cultural se genera para toda manifestación arquitectónica un espacio techado y protegido del entorno natural, otorgándole una interioridad propia, donde se nutre de riquezas artísticas, decorativas aplicadas a la arquitectura (artesonados, decoraciones, pinturas, esculturas y otras imaginerías).

En el segundo período de estudio, el de arquitectura mestiza, reconociendo su calidad y carácter propio distinguimos, el caso de las capillas Altiplánicas en el norte, el de las iglesias coloniales de la zona central, como también, en parte -puesto que estas tuvieron importantes transformaciones en los siglos XIX y XX-, las correspondientes a la escuela de carpinteros en madera de ribera en Chiloé. De todos estos ejemplos, en que concurren dos culturas, donde la europea, de impronta original renacentista (y posterior mutación barroca), se termina transformando en una criolla, es la implantación al lugar lo que adquiere un rol muy relevante.

Gran parte de nuestras iglesias declaradas Monumento Histórico poseen una filiación estilística neoclásica. La arquitectura mestiza quedó relegada a sobrevivir en lo popular, penetrando un modo culto e ilustrado, formalista y academicista. Tomemos a modo de ejemplo de ello el caso de la transformación de la iglesia y convento de San Francisco de la Alameda, la cual se construye originalmente en adobe en 1572, y que fue derrumbada para el terremoto de 1583. La construcción que hoy

conocemos data de 1586 a cargo del aparejador Fray Antonio.

La iglesia va transformándose, pero manteniendo su impronta mestiza: en 1594 se termina el crucero, en 1615 se inicia el artesonado de la nave principal, en 1618 se termina la planta de cruz latina, entre otras importantes intervenciones. Pero con el terremoto de 1647 se derriba la torre y el coro, entonces así sucede que el siglo XVIII marca un impulso constructivo, en 1758 se canteó el frontal de piedra de la portada, en 1754 se derribó la segunda torre para edificar la tercera y a fines de ese siglo se levantan las naves laterales norte y sur. Sin embargo, es en este período cuando la iglesia toma la imagen que hoy conocemos, el primer arquitecto chileno titulado, Fermín Vivaceta levanta en 1857 la actual torre, impregnándole su imagen más academicista y neoclásica.

Entonces ¿qué inferimos de todo esto?, considerando que este monumento arquitectónico es el más antiguo existente en la actualidad en el país y que data de la época colonial, resulta conmovedor analizar su caso. Si hablamos de la filiación estilística, podemos constatar que el paso del tiempo ha dejado su huella en distintas etapas. Por una parte, el aporte español con la maciza fuerza colonial de las paredes, el artesonado de la nave y el claustro de pilares toscanos de fuste corto y fuerte sobre los que apoyan arcos ornamentales de influencia manierista, y el siglo XIX con su principal obra neoclásica, la torre, ícono de la ciudad de Santiago.

Pero resulta válido preguntarse el cómo es posible que, en el período anterior, de impronta y huella mestiza, que se desarrollaba vigorosamente en casi toda la arquitectura de ese momento, esta quede arraigada en la ruralidad, y empiece a transformarse en neoclásica. El ejemplo de esta relevante iglesia, por su historia, antigüedad, emplazamiento, arquitectura e importancia en la memoria colectiva de los habitantes, resulta el caso más evidente del cambio. A ello se agregará la propuesta arquitectónica, el aporte científico

y la profesionalización que deja el arquitecto italiano Joaquín Toesca con la consolidación del neoclásico en el país.

Nuestro patrimonio oficialmente protegido por la Ley N° 17.288 de Monumentos Nacionales, considera para todo el país en la actualidad 1.518 monumentos nacionales en sus diversas categorías (actualizado al 05/09/2016). De ellos, 998 son Monumento Histórico Inmuebles (MHI), lo que corresponde a un 65,7 %. Ahora bien, de este total, 221 inmuebles corresponden a Equipamiento Religioso/Ceremonial (E-R/C) lo que equivale a un 22 %. Es decir, en nuestro patrimonio arquitectónico declarado en general las iglesias corresponden a un ítem importante de las tipologías. Las otras tipologías relevantes son piezas rodantes/aeronaves/trolebuses, vivienda casa/edificio, departamento e infraestructura ferroviaria. Esta importante representatividad del patrimonio religioso construido, protegido oficialmente, esta acorde al rol que ha jugado la iglesia en la historia de nuestro país, en el desarrollo de las ciudades como también en la parte rural, tal como lo analiza la autora en su primer capítulo.

En el área de estudio de este trabajo, que comprende 4 regiones de la zona central del país, las estadísticas se presentan así: Región de Valparaíso, 33 (E-R/C) de 145 (MHI), Región Metropolitana, 62 (E-R/C) de 399 (MHI), Región del Libertador B. O'Higgins, 8 (E-R/C) de 59 (MHI), y finalmente Región del Maule, 13 (E-R/C) de 98 (MHI).

Como el periodo de estudio del trabajo no incluye los siglos XX ni el XXI, con ello queda fuera el hormigón armado como materialidad. Ello permitió en la investigación profundizar en un común denominador sobre los sistemas constructivos. Todo ello hace visible y evidente que, para nuestro patrimonio cultural, y para el arquitectónico en especial, la arquitectura religiosa constituyó y constituye un referente para el resto de las construcciones, ya sea en cuanto a uso de materiales, aplicación de sistemas constructivos, arquitectura y elementos estilísticos, emplazamiento, formación del territorio, condiciones de lugaridad y permanencia, organización social y comunitaria. Quizás ello queda muy bien definido en palabras del arquitecto León Rodríguez, cuando se refiere sobre la arquitectura religiosa en Chile, dice: "...hay algo profundo en la fe cristiana, un real encargo arquitectónico".

El aporte de María José Castillo Navasal con la presente obra, se suma entonces al legado de otros autores que han puesto la arquitectura chilena y sus técnicas constructivas a la altura que se merece. Quizás queden algunos en el tintero, pero recordamos entonces a Manuel Eduardo Secchi, Alfredo Benavides y luego su hijo Juan Benavides, Rodrigo Márquez de la Plata, León Rodríguez, Roberto Montandón, Euclides Guzmán, Gabriel Guarda, Fernando Riquelme y Hernán Montecinos.